

LA VOZ DE LAS MUJERES EN ANTONIO PEREIRA

CARMEN BUSMAYOR

Ahora
por delante de mi terraza
pasa cuanto soñé que pasaría,
frente a mis ojos, cerca de mis manos
las mujeres
más altas de soñar en los insomnios,

Antonio Pereira¹

¹"Ahora tengo una casa junto al mar", de Dibujo de figura, en Contar y seguir, Barcelona, Plaza y Janés, 1974, p., 228.

Una mirada mínimamente atenta, observadora, analítica al tejido narrativo de Antonio Pereira nos desvela que apenas existen niños y sobre todo niñas, porque como ha confesado "No es que no me gusten los niños, pero no los entiendo. Me dan miedo. Si me dejan aquí un niño para cuidarlo me vienen unas ideas terribles, como si va toser y se ahoga, o si me descuido y traga una moneda, un caramelo. No, no son mi mundo, Sí el de los adolescentes, incluso el de los viejos"². Pero tampoco son demasiados los adolescentes, ni los viejos, en beneficio de hombres y mujeres más o menos jóvenes. Precisamente estas mujeres van a ser el eje vertebrador del presente trabajo.

Pues bien, dos de las mujeres destacables en la obra narrativa del escritor villafranquino son Soledad Acedo y Elena Balboa, protagonista la primera de la primera de sus tres novelas *Un sitio para Soledad*³, en tanto que la segunda hace lo mismo en el relato breve "El ingeniero Balboa", del libro *El ingeniero Balboa y otras historias civiles*⁴, separadas ambas por la clase social, media la de la joven de la Venta del Cruce, Soledad, y alta la de Elena Balboa, a su vez por el estado civil, soltera la primera y aparente viuda la segunda, pues al final, a raíz de un incendio originado en su propia casa en Corullón se descubre que su marido vivía escondido allí para no ser represaliado por sus ideas republicanas.

² En la entrevista que le efectuamos en León el 21 de diciembre de 2004.

³ Barcelona, Plaza y Janés, 1972.

⁴ Madrid, Novelas y cuentos, 1976.

Todo esto las separa, pero más aún sus aspiraciones. Pues mientras el deseo ferviente de Soledad es marcharse del pueblo y adentrarse en otros mundos lejanos, Elena Balboa, Lena, pretende, desde Corullón y Villafranca, que nadie descubra la existencia de su esposo.

Y si cuanto acabamos de indicar resulta básico para familiarizarnos un poco con las dos historias en el caso de la joven lugareña del Valle de Ulama, la guapa Soledad, cuyos pasos conocemos desde que es pequeña hasta bien superados los veinte, no sería justo no hacer mención a sus padres, Ramiro y Herminia, quienes viven sin agobios económicos gracias a los recursos proporcionados por el negocio de la Venta del Cruce, por cuanto sin estudios o escasos poseen unas ideas avanzadas relativas al futuro de la hija. Pues desde bien pequeña quieren que estudie en las monjas, en la academia y el instituto. Sin embargo en tal decisión interviene de modo decisivo también don Gustavo Revilla, su poderoso padrino o tal vez padre, como se insinúa varias veces en la novela. Lo explica así el narrador: "A Soledad la habían sacado de las monjas para la Academia de segunda enseñanza, gracias al padrino. Fue don Gustavo y dijo: «A la chica hay que estudiarla, yo corro con todo» (pp. 18-19).

Pero no solo su padrino, sino su mismo padre, según acabamos de anticipar. La pena es que Ramiro Acedo no tiene ni voz ni voto. El narrador nos avisa de ello mientras relaciona a Soledad con Candelas, su hermana pequeña y única:

«Él hubiera querido decir algo de Candelas. Pero mejor callarse».

Estaba hecho a callar.

Pensarlo sí:

«Si Candelas hubiera estudiado como su hermana mayor a saber si no habría dado una sorpresa. Pero Candelas no tuvo la suerte. O la desgracia, que tampoco se sabe» (p. 59).

Y, por supuesto, Soledad estudiará al menos el bachiller, ya que nada más se nos da a conocer al respecto.

Asimismo la muy rica Elena Balboa ("cuesta mucho arruinar a una casa del todo a una casa que alguna vez ha sido rica, lo que se dice muy rica" (p.132) es una persona culta. Pues culta es la opinión de quien se expresa de este modo:

"-Fíjate -me devolvió Elena el manuscrito (...) cuántos superlativos. Y ese tono algo siervo: Señor Marqués. Escribe libre y sincero, como en los versos" (p. 122).

Otra similitud entre ambas mujeres jóvenes y atractivas Viene determinada por su afán viajero. El narrador, centrándose en Elena Balboa, nos lo explica así: "en sus ausencias ella y don Jaime (siempre he dicho don Jaime, nunca he dicho doña Elena). Los imagino en playas incruentas" (p. 123); "¡Pero si has viajado mucho, Elena!, París, Viena (p.133)".

A la chica de la Venta, como con frecuencia se le llama a Soledad a lo largo de la novela, desde muy pequeña le encanta viajar. Sus primeras salidas de casa se dirigen a la capital de la provincia por cuestiones de exámenes y asuntos médicos, tales sus visitas al dr. Tavera, debido a su amago tuberculoso. Justamente son los exámenes los que la acercan por primera vez, acompañada para la ocasión de su topoderoso padrino: "El padrino dijo en la Venta que también él tenía que ir a la capital. Juntos hicieron el viaje la niña y don Gustavo. (p. 20)

Dicho deseo viajero se lo confiará tiempo después a su amiga Ramona Alcón, participante también de ese ir fuera, lejos, a otros mundos. He aquí un revelador momento de la conversación entre ambas:

- "Háblale a tu padrino. Él puede llevarte a Torrecastán.

-Mejor quisiera lejos.

-¡Lejos! ¡Lejos! Todas quisiéramos marchar lejos, mejor a una ciudad enorme donde no la miren a una". (p. 71)

De modo similar responde en este mismo libro Carmen Amade, humilde y atractiva e intrigante mujer, madre soltera de Chozas Altas, que lejos de amilanarse por esa circunstancia para poder sacar a su hijo adelante se fue a Barcelona a amamantar, en principio, a los hijos de mujeres ricas y más tarde trabajó de inexplicables oficios que le permiten enriquecerse y regresar al pueblo donde adquiere una finca y pretende construir una casa como desafío a no se sabe quién. Son sus palabras:

"- ¿Has salido mucho? Viajes quiero decir.

- Algo a los exámenes y a otras cosas, a la capital.

- ¿A Madrid? ¿A Barcelona?

- No, eso no.

- ¿Te gustaría?

- Pensar, lo pienso, Pero ya sabe usted..." (p. 94)

Y se cumplirán esos deseos viajeros de la joven y guapa Soledad, sobre la que recaían las miradas lujuriosas de los chicos de su zona, gracias a la invitación del matrimonio Castell, franceses que habían venido de vacaciones a España, donde tienen un accidente cerca de la Venta . La familia de Soledad se porta muy bien con ellos, Gerad y Odile, y en agradecimiento, invitan a Soledad a pasar un mes en su casa de Toulouse, para que conozca aquella zona al tiempo que practique el francés. De nuevo los padres someterán la aprobación de esa invitación a la consideración de don Gustavo, el padrino, quien accede y le entrega 100 dólares con este mensaje: "Por si te ves en un apuro, esto es dinero en cualquier parte. (...) No acudas a otro. A mí." (p. 136)

Los Castell, empresarios adinerados y cultos, sobre todo él, Gerad, pintor abstracto, durante ese tiempo la tratan con esmero y la llevan de viaje a diversos sitios franceses. No obstante, "madeimoselle Acedo",

conforme la llaman a menudo allí, o Soledad al finalizar la estancia se siente incómoda, vacía porque "se daba cuenta que había perdido lo mejor de su oportunidad viajera. Conocía las iglesias de la región, las casas paisanas, las antigüedades, las ruinas. Pero no lo que pensaban y hablaban las criaturas de su tiempo" (242). Sin embargo, lejos de regresar a España, en la estación de Toulouse coge un tren y se marcha a París por su cuenta, luego a Amsterdam y a Londres, según le comenta al dr. Tavera pasados unos años cuando acude a la consulta para ver como sigue de su antigua enfermedad. En esos años Soledad, en realidad, se convierte en una emigrante que trabaja de oficinista y auxiliar de enfermera y que viene poco a España. Este momento del diálogo con el médico lo pone a las claras:

- ¿No ha vuelto a España en tanto tiempo?

- Al principio, las Navidades, venir y marchar enseguida.

Pero casi no veía a nadie. Acaso una visita rápida al padrino, a Ramona...

(...) y para la boda de mi hermana, hace bastante. Desde entonces no he vuelto. (p. 259)

Ese deseo aperturista de la lugareña Soledad Acedo a otros mundos lejanos al propio, común al de las jóvenes españolas de los sesenta y atrás, razón que la convierte en una especie de símbolo, no concluye aquí, con su regreso a la Venta del Cruce, a su casa, casi al final de la novela, ni siquiera con ese trabajo de oficina sin "horario fijo, ni sueldo ni nada" (p. 304) que realiza en Torrecastán en el negocio de su omnipotente padrino tras no dar éste el visto bueno al proyecto de reforma que traía ella al regreso del extranjero para la Venta y alrededores. No, no finaliza aquí. Pues insatisfecha decide irse definitivamente del pueblo a la Costa española a trabajar, viaje que emprende con el misterioso padrino, siempre atento a

ella. ¿Pues cómo si no interpretar el final de la novela, los dos juntos en un departamento doble del tren?:

“-Un departamento doble... - El empleado miró los billetes. Números 5 y 6. Por aquí, señora.

-Soledad se dejó llevar." (p. 315)

Ahora vamos a detenemos en otras mujeres, interesantes también, todas ellas en la narrativa breve del escritor que a la pregunta de si cree en Dios o en Santo Tirso ha respondido, barriendo para su barrio como siempre: "Santo Tirso es patrón de los huesos y dentro de unos días saldrá en procesión por Villafranca. Creo en Dios y en Santo Tirso, pero creería más si la procesión fuera también por la Cábila"⁵. Sí, importantes son, además, entre otras muchas, Dalmira, Avelina, la tía Paca, Tina, Erika, Lidia, la extranjera de "Postal de Ibiza", y sin duda alguna la abuela Társila, quienes, según puntualmente veremos circulan con toda libertad por los libros de cuentos Picassos en el desván, Las ciudades de Poniente, Cuentos del Noroeste mágico, La divisa en la Torre, Los brazos de la i griega y El síndrome de Estocolomo.

Dalmira, joven gallega de la Sierra de Lúzara, de "figura espléndida", da vida a la historia "Dalmira y los monjes"⁶. Dalmira ha abandonado el pueblo y se desenvuelve en Madrid con éxito en diversos oficios. Comienza por el muy humilde de la limpieza ("la chica nos miraba (...) y traía ocupadas las dos manos con los trastos de la limpieza") (p. 84) y dada su inteligencia, amén de su capacidad de trabajo, pese a no tener estudios, enseguida coge las explicaciones que le da el viajante poeta, su novio capitalino, del oficio y se convierte en su socia e incluso lo supera en el número de ventas como nos comenta él mismo: "remató la semana con ocho o diez pedidos, que yo no los conseguiría ni en dos meses" (p. 87).

⁵ [www.elmundo.es/encuentrodigitalconAntonioPereira\(3-1-2001\).](http://www.elmundo.es/encuentrodigitalconAntonioPereira(3-1-2001).)

⁶ Picassos en el desván, Madrid, Mondadori, 1991.

Tanto es así que llega a desplazarlo, pues los monjes de Samos le quitarán a él la representación del benedictine a favor de ella.

Mas no acaba aquí la cosa; como Soledad, Dalmira desea viajar y viajar, y se irá de modelo a Barcelona, incluso parece que llega a Angola: "luego Dalmira se fue de modelo a Barcelona, y dicen que a Angola con un general portugués" (p.89).

Sobre Avelina, o Avelina Gutiérrez versa el cuento "La hueste"⁷. La citada muchacha, atractiva como casi todas las elegidas por Pereira, descendiente de fornellos y nacida casi fija en Villafranca es lista, muy lista, "pispa," le llama la narradora, una de las escasas veces que Pereira recurre a una narradora y no a un narrador, y también como Soledad Acedo y Dalmira abandona el pueblo, en busca de horizontes más amplios, yendo a la capital de la provincia. Mas como quiera que enseguida se le queda pequeña recalca en Madrid, donde gracias a su voluntad trabajadora practica múltiples empleos que le permiten vivir bien: "guía suplente de turismo (...) Demostración de perfumes en Galerías. Acompañamiento a un fallecido mientras llegan los herederos" (p. 150). E igualmente como asistente contratada a recitales de poesía, justo donde conocerá a un ministro criollo que viene a Madrid a dar un recital y con el que se casará y más tarde se divorciará. Ahora bien, es muy probable que de todas estas mujeres la más viajera de todas sea ella. Pues hábilmente se ofrece a las agencias aéreas para aquellos casos en que tienen pocos pasajeros y, por lo tanto, ofrecen billetes muy baratos a los "reservas". De ahí que la podamos encontrar lo mismo en París que en Nueva York, Brazzaville o Dakar (p. 150).

⁷ Las ciudades de Poniente, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994.

En el cuento "El hombre de la casa"⁸ nos topamos con una mujer de treinta años, bien parecida, decidida y fuerte, características las dos últimas que el narrador, su sobrino, atribuye a los hombres con estas palabras: "La tía Paca a veces no parecía una mujer. Lo digo por lo decidida y fuerte, no era fea, con 30 años no le faltaban novios" (p.75).

En realidad este cuento es el ejemplo de cómo una mujer ella sola puede sacar adelante en circunstancias difíciles a una familia. Pues en el casar ancarés viven con ella su madre, viuda, una sobrina huérfana llamada Rosa, además de un muchacho, su sobrino, que es el contador de la historia, el cual ha sido enviado allí por sus padres por motivos de seguridad debido a la guerra. Pero, además de protectora la tía Paca es astuta, cualidad que le hace pasar a ella por situaciones que repudia en favor de su sobrina Rosa. Eso y no otra cosa es lo que se desprende de su actitud cuando el viejo "rijoso" de la milicia entra en el casar y quiere acostarse con la sobrina. La tía, armándose de valor y tapando los ojos, con maliciosa sagacidad atrae la atención del "rijoso" y se lo lleva a su cama. Así nos lo cuenta el narrador:

"Yo vi cómo la inocencia de Rosa se iba liberando de la malla ominosa. Cómo ganaba terreno la madurez experta de la tía Paca, ahora pienso que el heroísmo (...) pero ya la pareja estaba subiendo la escalera para las alcobas y el jefe de milicias llevaba una bota suplementada, la tía Paca no se volvió para mirarnos." (p. 77)

Si la tía Paca pertenecía a un ambiente rural, Albertina o Tina, protagonista de "El reproche de Tina"⁹ circula como muchos de los personajes femeninos pereirianos por las calles de Madrid, donde en un bar de copas se encuentra con un antiguo novio, joven poeta, pero como muchos de esos personajes el pasado de Tina se halla en el pueblo. De manera que esa atmósfera rural se filtra en la conversación entre los dos

⁸ Las ciudades de Poniente, edic. cit.

⁹ Cuentos del Noroeste mágico, León, Edileisa, 2006

antiguos enamorados. Ahora bien Tina, que es de buen parecer, como la mayoría de los personajes femeninos del escritor, tiene un par de rasgos que comparte con pocos de ellos, fuma y bebe en exceso, algo que la aproxima a la alemana Erika, sobre la que hablaremos de inmediato. Precisamente de lo aseverado a última hora sobre Tina el narrador comenta:

"Tina todavía atractiva, con esos estigmas de la usura del tiempo que a algunas mujeres - y más a las mujeres delgadas- les añade encanto. Bebía más allá de la sed. Fumaba demasiado" (p. 180).

Todas las mujeres comentadas hasta aquí son españolas, las más abundantes siempre del autor del barrio de La Cábila villafranquina, sin embargo, ahora vamos a dar entrada a dos extranjeras. La primera de ellas es Erika, alemana de Westfalia poseedora del papel principal en el cuento "La barbera alemana"¹⁰. Se trata de una peregrina que se pone mala en un pueblo del Noroeste y decide quedarse allí a vivir. Erika "andaría por los treinta años y tiraba a fornida de buenas piernas y de cara sana y colorada (...) No era nada coqueta y ayudaba en las labores a poco que se lo pidieran. Se hizo querer de las mujeres" (p. 59). Esta mujer servicial, cariñosa y laboriosa ejercía todo tipo de trabajos. Pues con antelación a hacerse cargo de la barbería de Martín, trabajó como envasadora de "castañas y nueces (...) y después en una carnicería" (p. 60). Pero frente a esas cualidades la sombra del crimen u otras perversiones recaen sobre ella, ya que al final es detenida, acaso por la policía, sin que ofrezca resistencia, y se la relaciona con los "horrores de Dusseldorf", es decir, con las atrocidades de la época nazi.

Otra extranjera es la innominada "chica" que de buenas a primeras se enrolla con el también innominado narrador y protagonista del muy breve cuento "Postal de Ibiza"¹¹ y en un coche de alquiler se van juntos a recorrer

¹⁰ Picassos en el desván, edic. cit.

¹¹ La divisa en la torre, Madrid, Alianza Editorial, 2007.

la isla. Dicha "flaca tenía un follar laborioso y cansado. Lo que más me gustó de la religión de esta gente es que nos despedimos sin preguntarnos nuestros nombres" (p. 128) comenta el narrador.

Postura contraria en el terreno sexual es la adoptada por Lidia en el cuento "Lo inédito", joven veterinaria que pese a la insistencia y requeteinsistencia de su novio, el funcionario Juan del Riego Santalla, en hacer el amor, ella se niega una y otra vez hasta pasar por la vicaría, algo que logrará. Ahí está el mensaje de móvil enviado por él: "PON FECHA Y POR LA IGLESIA Y DE BLANCO" (p. 225)¹².

Las anteriores mujeres disfrutaban de la juventud, sin embargo ese no es el caso de la abuela Társila. Merece la pena que nos detengamos en ella porque son pocas las ancianas elegidas por Antonio Pereira para sus cuentos y novelas, y la mayoría ejercen papeles secundarios.

La abuela Társila es el personaje central de dos cuentos distantes media docena de años entre sí. El primero es "Las peras de Dios"¹³ y el segundo "Obdulia, un cuento cruel"¹⁴. Todo un modelo de orgullo, autoridad, decisión y gobierno es esta anciana que dirige con rigor la casa de Arganza, en la que el abuelo Criso, su esposo, apenas pinta nada. De manera que en "Las peras de Dios", ella que había tomado la decisión de plantar de perales la finca entera ante el cosechón que se les vino encima aquel año les obligó a comerlas tanto a los nietos como al marido en todas las comidas y de infinidad de maneras. Así hasta que un día al abuelo se las puso con leche y se cabreó tanto que se marchó de casa y se tiró a la reguera. Algo de ello nos relata el nieto que ejerce de narrador: "La mermelada de pera está bien con el pan tostado (...) y ya no fue sólo el desayuno. Las peras al gratén aparecieron como sustitutas del pescado o la carne en la comida de mediodía y en la cena. También hay peras a la

¹² Ibid.

¹³ Los brazos de la i griega, Gijón Noega, 1982.

¹⁴ El síndrome de Estocolmo, Madrid, Mondadori, 1988.

Colbert, parece mentira que sean peras rebozadas, empanadas y fritas. Y timbal de peras. Y arroz, pero poco arroz, con peras, pero muchas peras..." (p. 112)

En "Obdulia, un cuento cruel", posterior como hemos visto, se hace referencia al anterior, insistiendo en el carácter autoritario de la abuela: "La abuela Társila mandó plantar de perales toda la finca y nos obligaba a comer peras en las tres comidas, más en la merienda y entre horas" (p. 49). Pero en este cuento es donde sale sin tapujos el carácter frío, calculador de la abuela Társila, pues ante la muerte cercana de su hija más pequeña, Obdulia, al parecer de tuberculosis, prepara con detalle las esquelas (hizo hasta tres borradores) y una serie de cosas, además de comprar una camioneta de camelias porque "ella había decidido que su hija más pequeña tendría el entierro más sonado de todo el país" (p. 51). Pero como quiera que la hija no acaba de morirse, se malhumora, preocupada porque las camelias comienzan a ajarse y no van llegar a tiempo.

En resumen, la impresión de la experiencia femenina, esencialmente española, desde los años sesenta hasta fechas actuales que refleja la narrativa de Antonio Pereira es muy verosímil, creíble o realista. Pues en todo este tiempo la mujer española ha ido ganando territorios tradicionalmente propios del hombre, se ha hecho más libre, independiente y, por momentos ha estado incluso por encima del hombre, como es el caso de Dalmira, la tía Paca o la misma abuela Társila.

Hemos de señalar, además, que esa libertad que asiste a las mujeres pereirianas llega sobre todo de mano de la inteligencia, la laboriosidad -salvo Elena Balboa casi todas trabajan en diversos oficios o profesiones- la cultura y el afán viajero, a veces con el apoyo sin fisuras del hombre. Tales mujeres pertenecen casi siempre a la clase media y se nos presentan en el día a día, respetadas o tratadas de tú a tú por el hombre, aunque alguna vez

aparezcan unas pocas ideas sexistas, más como reflejo de la sociedad de la época a la que hace referencia cada narración que como opiniones sostenidas por el propio autor. Esto último es lo que ocurre, sobre todo, en *Un sitio para Soledad*. Así los niños de la Academia de Torrecastán estaban separados de las niñas ("Una vez se oyó decir que los chicos de la Academia tenían que estar aparte de las chicas" (p. 19) en aquellos "tiempos muy decentes" (p. 19), o el que doña Esperancina lleve el don porque es la mujer de don Gustavo Revilla, el cacique abogado, o el que Herminia, la madre de Soledad se queje de que la mujer casada no tiene poder ninguno: "Yo, por mí, si mandara algo en esta casa, que ya usted ve lo que puede mandar una donde hay un marido" (p. 74) o el que Ramona Alcón, la gran amiga permanente de Soledad, interceda ante su madre para que deje ir a su hermano Leoncio de viaje placentero con sus amigos porque "para eso nació hombre" (p. 38) dice. Asimismo en esa línea sexista ha de considerarse el suave reproche de la madre del "poetilla" villafranquino enamorado de Elena Balboa debido a que ella es diez o doce años mayor que él" (...) «Pero, hijo, por Dios», eludía con su aire frágil aquellos diez o doce años de diferencia, que si estuvieran a favor del hombre resultarían tan propios, y así, al revés se tomaban en el contorno fariseo a escándalo. Elena y yo, por lo demás, no éramos novios todavía." (p. 126)¹⁵

Y sin salimos del referido cuento el hecho de que el joven poeta estudiante de Derecho sea instrumentado por Elena Balboa, embarazada de su oculto marido, porque en aquella época de posguerra un hijo sin padre estaba mal visto.

En conclusión, ese sexismo o machismo de tono menor explica la ausencia de violencia de género en los cuentos y novelas de Antonio Pereira, quien al respecto opina así: "Cualquier hombre que sea hombre y

¹⁵ "El ingeniero Balboa", en *El ingeniero Balboa y otras historias civiles*. Edic. cit.

tenga dos dedos de frente piensa que es un acto de cobardía completa y, en cierta manera, e impotencia”¹⁶

Y hasta aquí "La voz de las mujeres en Pereira". Ahora, como colofón, la lúcida voz de Pereira desde el centro del humor y una indiscutible sinceridad: "Las mujeres en mi vida y en mi obra son muy importantes. Siempre me parecieron un regalo de Dios. Y siempre me gustaron mucho. Lo peor, bueno, tampoco sé si es lo peor, es que me siguen gustando. Y aun diría cada vez más."¹⁷

León en otoño, 2 de octubre de 2008

¹⁶ En la entrevista cit.

¹⁷ Entrevista cit.